

La Masonería y la Revolución Francesa: del mito a la realidad

CHARLES PORSET
Universidad de París-Sorbonne

Un espectro obsesiona a Europa: el espectro de la masonería. Un rumor —tenaz y persistente— asegura que los masones desencadenaron la gran revolución de 1789, que, en el secreto de sus Templos, prepararon un vasto complot para destronar a los reyes y sacrificar la religión.

Este mito —cuya frecuente reaparición es digna de reflexión— es tan antiguo como la propia revolución. Desde 1791, lo encontramos expuesto por el abate Lefranc, quien veía en la actividad de las Logias la ejecución de un «siniestro proyecto» que daría lugar al despotismo nacional. «Sí —escribía el abate—, no temo confesarlo: es la masonería la que ha engañado a los franceses a encarar la muerte sin aspavientos, a manejar con intrepidez el puñal, a comerse la carne de los muertos, a beber en sus cráneos y a ganar a los pueblos salvajes en barbarie y en crueldad».

En 1797, el abate Barruel daría a este mito su expresión más conocida: la Revolución es el resultado de un complot, preparado por los filósofos y tramado en las Logias. Nada se había dejado al azar en esta empresa: «En la Revolución francesa —escribe Barruel— todo ha sido previsto, meditado, combinado, resuelto, estatuido: todo ha sido efecto de la mayor infamia, puesto que todo ha sido preparado y realizado por los únicos hombres que conocían la trama de las conspiraciones urdidas tempranamente en las sociedades secretas y que han sabido escoger y provocar los momentos más propicios para los complots».

La tesis de Barruel ha sido abandonada por los historiadores. Pero la idea de que los masones contribuyeron a la preparación y, más tarde, a la explosión de 1789 subsiste aún. Curiosamente, podemos encontrarla tanto entre los enemigos declarados de la masonería como entre los pro-

pios masones. La idea subyace en la obra en la que Gustave Bord, conocido antimason y excelente historiador por lo demás, renovó el conocimiento de los orígenes de la masonería en Francia. En el prefacio de esta obra podemos leer lo siguiente: «El objetivo de este estudio consiste en demostrar que el mal que había de contaminar al mundo entero no era únicamente la masonería, sino, sobre todo, el espíritu masón. Aquí es donde hay que buscar las verdaderas causas y la explicación lógica de la Revolución: identidad de fórmulas y dogmas respecto de los principios de 1789; masones y jacobinos urden las mismas maniobras y libran los mismos combates».

Podemos encontrar la misma mentalidad en Auguste Cochin, realista antimason que François Furet ha tratado de rehabilitar recientemente. Para Cochin no ha habido «complot», sino que la «máquina» que agrupaba en el siglo XVIII a las sociedades de lectura y a los clubs se puso a funcionar. Y la matriz de esa «máquina» era la logia masónica. Mediante la manipulación de la opinión, esa máquina aseguró la transición del poder intelectual al poder político. Dicho con otras palabras: la masonería dio lugar a las sociedades filosóficas que habrían de provocar, a su vez, el nacimiento del jacobinismo, es decir, de la tiranía popular, del totalitarismo (la expresión es del propio Cochin).

Por lo que se refiere a los masones mismos, nos encontramos en primer lugar con Louis Amiable, contemporáneo de Cochin y de Bord. En su opinión, la masonería desempeñó un papel de capital importancia en la preparación y en la explosión de 1789, «no por medio de una especie de complot internacional, como algunos han pretendido puerilmente, sino mediante la elaboración de ideas, la ilustración de la opinión pública, la formación de los hombres que se encontraron envueltos en los acontecimientos y cuya acción fue decisiva». La misma tesis aparece en la obra de Gastón Martín, historiador de renombre y alto dignatario de la masonería, que estima que «el Gran Oriente fue algo muy distinto de una sociedad ordinaria, filantrópica o política. Durante quince años fue el centro geométrico de todos los entusiasmos filosóficos y de todas las esperanzas de emancipación».

Vamos a tratar de ver lo que hay de verdad en todo ello. Ya desde este momento podemos apreciar que, por una ironía de la Historia, masones y antimasones están de acuerdo en otorgar a la Orden un papel determinante en la Revolución francesa; en el marco de un barruelismo renovado, realistas y republicanos parecen estar de acuerdo en reconocer que si bien Barruel no tenía del todo razón, tampoco se equivocaba completamente y que, finalmente, aun sin haber conspirado realmente contra el Trono y el Altar, los masones del Antiguo Régimen habían sido realmente ese centro geométrico de todos los entusiasmos filosóficos y de todas las esperanzas de emancipación, como decía Gastón Martín.

Esto es, naturalmente, lo que habría que probar. Más allá, sin embargo, de la enternecedora conformidad, para utilizar la expresión de A. Mathiez, descubierta entre masones y antimasones, este repaso a la historiografía era necesario en la medida en que prueba que la historia de la masonería no deja a nadie indiferente y que, con frecuencia, los historiadores toman partido a *favor* o *en contra*. Obviamente, tampoco yo mismo seré neutral; sin embargo, con la perspectiva que da el tiempo transcurrido, mi exposición resultará, tal vez, más matizada y más imparcial.

He aquí el itinerario que os propongo: para empezar, veremos si los masones se adhirieron realmente a la ideología de las Luces, si propagaron los ideales de libertad, igualdad y fraternidad que la República inscribió en su frontón, las ideas de tolerancia y progreso. A continuación, trataremos de analizar cual fue la actitud de los masones en vísperas de 1789 y después de 1789 —porque, como sabéis, lo que llamamos la Revolución no se hizo en un día. La respuesta a estas dos cuestiones nos dará una idea del papel desempeñado por los masones y por la ideología de la masonería en ese momento fundamental para la historia de Francia y de la Humanidad.

I. LA MASONERIA Y EL MUNDO DE LAS LUCES

Hay que partir de una constatación admitida por todos los historiadores de la Orden: en el siglo XVIII, los masones fueron ortodoxos en religión y leales en política.

— Ortodoxos en religión. La masonería fue católica en Francia, pues Francia era católica. La presencia masiva en las listas de las Logias de monjes mendicantes y de vicarios seculares confirma esta afirmación. Un investigador español, Ferrer Benimeli, ha encontrado más de tres mil quinientos y no cabe duda de que un análisis exhaustivo de los archivos permitirá aumentar sensiblemente esa cifra. Ello significa que de los alrededor de 30.000 masones existentes en la época, más del 10% eran miembros de la Iglesia. Algunos sacerdotes eran venerables de Logias —Amiable cuenta 27 en vísperas de 1789— e incluso existían Logias en algunos conventos, como en el de Clairvaux en 1785.

Pero todavía hay más. Los reglamentos de la Orden prescribían a los masones el ejercicio del culto. Así se aprecia en los sucesivos reglamentos de la Gran Logia, sobre todo en el de 1755, en el que se precisa que los hermanos deberán ser bautizados e irán a misa con guantes blancos. Todas las Logias exigen a sus miembros la ortodoxia en cuestiones de religión y es incontable el número de *Te Deum* solicitados en el siglo por las Logias masónicas. No contentos con exigir la asistencia a los oficios religiosos, los masones de Burdeos crearán en 1775 una misa escocesa.

Es cierto que habría que preguntarse por la sinceridad de los masones y por la importancia del papel que el conformismo social desempeñaba en esta actitud. El análisis de los documentos no nos permite arrojar luz alguna sobre estas cuestiones, pero algunos textos no dejan de ser bastante significativos. Así, un discurso masónico de Chaumette, exhumado por Mathiez, apenas deja presentir al futuro apóstol del culto a la Razón: el texto en cuestión presenta el marchamo de un «sermón untuoso» y desarrolla una metafísica «nebulosa y burlesca» que da fe de un profundo respeto por las Sagradas Escrituras y de un desprecio no menos grande por las doctrinas de los *Philosophes*. El discurso del masón Lassalle, pronunciado con ocasión de la muerte de un hermano en masonería, de Toulouse, concluye en la misma dirección: «Venerables maestros, aprendamos de su ejemplo que la verdadera sabiduría consiste en vivir como cristianos y la verdadera felicidad en morir como cristianos». Esta oración fúnebre fue pronunciada en 1782, en una Logia conocida por su rigor masónico.

— Ortodoxos en religión, los masones fueron también leales en política. Este extremo puede apreciarse, por ejemplo, en el reglamento de *Los Amigos constantes*, del Oriente de Toulon: «Los reyes, los soberanos son la imagen de Dios sobre la tierra, de tal manera que cada hermano tendrá a mucha honra ser un súbdito fiel de su Príncipe; respetará a los magistrados y las leyes, no hablará ni escribirá nada contra el Gobierno y no se discutirá nunca en la Logia en torno a los intereses de los soberanos». Parecidas prescripciones se encuentran en logias de Toulouse, Lectoure, Coutras, Burdeos, Le Mans, Marsella. En esta última ciudad, por ejemplo, la divisa central en el Templo construido por los hermanos en 1765, suntuosamente decorado y adornado con pinturas alegóricas que reflejan la larga lista de las virtudes del masón, es *Deo, regi, patriae fidelitas*.

En los banquetes rituales, se brinda en primer lugar a la salud del rey, la reina y la familia real; después, los comensales, de pie, brindan por la prosperidad del Estado. Siguiendo una tradición que había comenzado en 1744, con motivo de la convalecencia de Luis XV, en virtud de la cual los acontecimientos que afectaban a la vida privada del Monarca daban lugar a festividades públicas, la logia de Toulouse *La Sabiduría* organiza, para celebrar el nacimiento del primer hijo de Luis XVI, una gran fiesta durante la cual se expresará de mil maneras diferentes el amor de los masones por la familia real.

Todo ello es, evidentemente, cierto. Pero todas esas manifestaciones deben ser situadas en su contexto. No cabe ninguna duda de que los hermanos fueron ortodoxos en religión y leales en política. Pero, ¿cómo podría haber sido de otro modo en la Francia del Antiguo Régimen, donde las asociaciones estaban proscritas y el catolicismo era la religión del Estado? ¿Cómo hubiese podido sobrevivir la masonería si no hubiese

dado pruebas de fidelidad a la monarquía y de ortodoxia religiosa? Conviene recordar que la masonería había sido prohibida en diferentes Estados (Dinamarca, Países Bajos, Suiza, Turquía) y que el Papado había hecho públicas dos bulas amenazando con la excomuni3n a cuantos pudieran sentirse atraídos por esta instituci3n. Y tambi3n es sabido que la represión fue terrible en los países en los que la Inquisici3n hacía estragos (España, Portugal, Estados Pontificios).

Los masones franceses no podían ignorar estas circunstancias, como tampoco podían olvidar que vivían en un país en el que se había sometido a Jean Calas al suplicio de la rueda por el mero hecho de ser protestante. Un exceso de precauciones no estaba, pues, de más en un mundo en el que la arbitrariedad era la ley.

Sin embargo, a pesar de la fidelidad de los masones a los poderes establecidos, constataci3n en la que no podemos menos que estar de acuerdo con los historiadores de la orden, existen una serie de datos y de indicios que prueban que la masonería participó en el movimiento de las Luces. Los enunciaré brevemente, de manera elíptica incluso, porque disponemos de poco tiempo y porque, en el fondo, todas estas cuestiones podrán aclararse en la discusi3n.

1.º Procedente de una Inglaterra que ha hecho ya su revoluci3n, la masonería se instala en Francia en unos momentos en que la sociedad aspira a la libertad, despu3s de la muerte de Luis XIV. Ahora bien, la masonería se presenta precisamente como garante de la libertad, puesto que se propone acoger a todos los hombres de bien «cualesquiera que puedan ser las denominaciones o las confesiones que les distinguen». Es decir, en cuesti3n de religi3n la masonería sólo retiene lo que puede hacerse extensivo a la humanidad en su conjunto, lo que revela su etimología: *quo religat*.

2.º Apartada del poder durante el reinado de Luis XIV, la alta nobleza que había participado en la Fronda toma su revancha durante la Regencia, constituyendo el partido de los Duques. Y es bien significativo de hecho de que sean precisamente esos «Duques» —grandes aristócratas, príncipes de sangre— quienes se inician en la masonería cuando la implantan en Francia los viajeros ingleses.

3.º La masonería es de origen protestante y sus importadores en Francia son esencialmente jacobitas, es decir, católicos romanos. Luis XV y Fleury quieren conservar las buenas relaciones con Inglaterra y, al mismo tiempo, la mayoría de sus ministros pertenecen a la Orden. Pero, para asegurarse su lealtad, hacen dimitir a Lord Derwentwater, católico ultrancista, y lo substituyen por el duque de Antín, tambi3n católico, pero galicano.

4.º En este contexto se sitúa el episodio Ramsay. El caballero Ramsay es un masón católico que, como la mayoría de los conversos, tiene tendencia a exagerar su catolicismo. También es un poco místico. Tiene en gran estima a la masonería y quisiera convertirla, por encima de las diferentes confesiones cristianas, en una religión universal. Para garantizar el éxito de esta empresa, solicita la protección del cardenal de Fleury, precisando que el Poder podría colocar a la cabeza del Orden a «gente prudente y bien escogida», lo que haría de la masonería una institución útil para el Estado, la religión y las letras. El proyecto de Ramsay fracasó por razones de índole diplomática y el viejo cardenal no supo aprovechar la ocasión que se le brindaba para controlar a una aristocracia que había de desempeñar un papel importante en la caída del Antiguo Régimen. Lo que nos interesa aquí es señalar que la tentativa de Ramsay —como la de De Maistre posteriormente— prueba que algunos masones concebían ya en 1737 que, so capa de deísmo, la Orden podía orientarse hacia una religión natural en la que habían de desembocar fatalmente todas las Iglesias.

5.º El temor de Ramsay se transforma rápidamente en algo real en la práctica masónica. En 1744, la logia *La Francesa* del Oriente de Toulouse adoptó la decisión de no exigir en adelante a los nuevos iniciados que prestasen juramento sobre el evangelio de S. Juan. Es cierto que la logia *Inglesa* de Burdeos reaccionó inmediatamente contra este acuerdo. Pero la decisión ya había sido tomada. También en Toulouse, en 1774, justo después de la creación del Gran Oriente, una logia presenta la siguiente propuesta: «Si no sería conveniente, puesto que la masonería no tiene relación alguna con la religión, suprimir el precepto que obliga a todos los hermanos a ir a misa el día de S. Juan».

6.º La evolución de los rituales masónicos confirma esta tendencia. Su examen prueba que se secularizan, como puede apreciarse en el ritual de Lyon de 1772, estudiado por D. Ligou. En el rito francés ya no se trabaja bajo los auspicios del Gran Arquitecto del Universo y la finalidad de la masonería es puramente laica. En el curso de la iniciación el impetrante es invitado a «vencer sus pasiones» y a perfeccionarse en el seno de la masonería. Y eso es todo.

7.º También se podría mostrar que la elección de los títulos distintivos de las logias se inscribe cada vez más en el sentido de la ideología de las Luces. El tema dominante es el de la Amistad, diversificado a su vez en cinco rúbricas: la Amistad, la Concordia, la Unión, los Corazones y la Armonía. En el centro de esa elección se encuentra el hombre y su destino terrestre. por otra parte, un análisis lingüístico de los textos de arquitectura leídos en las logias muestra que las palabras pronunciadas con mayor frecuencia son virtud, amigo, amistad, unión, luz, luces, paz, placer, sabiduría felicidad concordia, cordialidad, armonía, bondad, honestidad,

sinceridad, beneficencia, humanidad, igualdad, justicia libertad, patriotismo y, desde luego, fraternidad. El encadenamiento de esas palabras, que son también conceptos, constituye un conjunto coherente en el que la igualdad y la virtud aparecen como condiciones necesarias para la amistad, la amistad como el lazo de la fraternidad, la fraternidad como fundamento de la beneficencia y la beneficencia como fuente de la verdadera felicidad.

8.º Naturalmente, habría que preguntarse si los hermanos practicaban las virtudes que ensalzaban. No es necesario entrar a discutir si era así en lo que se refiere a la filadelfia y a la filantropía, puesto que todos los historiadores se muestran de acuerdo con este punto. Pero, ¿qué pasa con la tolerancia o la igualdad? ¿Fueron todos los masones tolerantes e igualitarios?

En lo que se refiere a la tolerancia, virtud cardinal del masón, habría mucho que decir, aunque no está de más recordar que tolerar quiere decir soportar en la medida en que es posible. En este sentido, hay que reconocer que si bien el marqués de Saint Florentin no se mostró excesivamente tierno con los protestantes, no es menos cierto que era ministro y que Francia se encontraba bajo el régimen de la Revocación. Por otra parte, hay que hacer notar que las logias acogieron a los protestantes en la mayoría de las ciudades en las que existía una comunidad de reformados: Burdeos, Castres, Montauban, Nimes, Sedan, Toulouse, Marsella.

Por lo que hace a la igualdad preconizada por los masones, es preciso señalar que era sobre todo para uso interno. La igualdad es una exigencia moral cuya función consiste en reformar los lazos sociales en una sociedad de órdenes o estamentos. Sin contenido político en el siglo XVIII, su objetivo consistirá en instaurar entre los hermanos relaciones pacíficas y armoniosas. Por lo demás, esta igualdad se inscribe de pleno derecho en el discurso de los *Philosophes*, quienes, por muy progresistas que hayan sido, no pensaron en absoluto en desarrollar el igualitarismo de Babeuf en 1797 o el de los saint-simonianos de 1830.

II. LOS MASONES Y LA REVOLUCION

Hemos tratado de mostrar que, sin ser revolucionarios, los masones eran, quizás sin saberlo, hombres de su tiempo. Ello no significa que hayan querido la Revolución y aún menos que la hayan preparado. Pero podría indicar que, como el cristiano en su época, la masonería habría constituido, al alba de la revolución galileana, la promesa de una verdadera humanidad. Está demostrado que los masones no participaron en conspiración alguna. Pero también es seguro que reuniendo hermanos de cualquier confesión y origen —aunque la diversidad no está demasiado

acentuada en el siglo XVIII— se podría llegar a la conclusión de que la masonería ha contribuido a la desestabilización de la sociedad del Antiguo Régimen, de la que formaba parte.

Pero, ¿a quiénes se parecen, es realidad, esos masones? Daniel Ligou ha establecido el siguiente retrato: «Socialmente, el masón medio pertenece a la pequeña nobleza o a la alta burguesía. El masón se considera un ciudadano perfecto, fiel a su religión, pero sin supersticiones, a la manera ilustrada; también es tolerante, benéfico, respetuoso para con los misterios masónicos; virtuoso, pero su vida no es severa; juicioso, sin desdeñar los inocentes placeres de la vida; sociable y sensible con los hermanos, huye de los sentimientos violentos, de tal manera que la atmósfera de las logias parece enguatada: se trata de evitar por todos los medios los conflictos con los hermanos, forma de urbanidad muy propia del siglo XVIII, que las logias adoptan y transmiten a las academias que la masonería propaga en un grado inferior de la escala social».

Algunos dirán que ese masón del antiguo Régimen se parece mucho al radical-socialista de 1900. Ese juicio no sería del todo exacto, como se desprende de la descripción que María Antonieta daba en 1781 de los masones, en una carta a su hermana María Teresa: «Creo que te preocupas demasiado de la masonería en lo que se refiere a Francia, donde no tiene en absoluto la importancia que ha adquirido en otras partes de Europa, por la sencilla razón de que aquí todo el mundo es masón: sabemos, por consiguiente, todo lo que pasa; ¿dónde está el peligro? Habría alguna razón para alarmarse si se tratase de una sociedad secreta política; el arte del Gobierno consiste en dejar que se extienda y no sea más que lo que es en realidad, una sociedad de beneficencia y de placer; en esas reuniones se come mucho y se habla y se canta, lo que hace decir al Rey que gentes que cantan y beben no conspiran; no se trata de una sociedad de ateos declarados, porque me han dicho que todo el mundo habla continuamente de Dios; entre ellos se practica la caridad, se educa a los niños de los miembros pobres o fallecidos, se busca casamiento para sus hijas; no hay ningún mal en todo ello. Estos últimos días ha sido nombrada Gran Maestre de una logia la princesa de Lamballe, que me ha contado la cantidad de cosas bonitas que le han dicho; se han vaciado más vasos que cantado couplets; próximamente se dará la dote a dos jóvenes; después de todo, creo que se podría hacer el bien sin tanta ceremonia, pero hay que respetar la manera de entender las cosas de cada cual; poco importa cómo se hagan las cosas, si se hacen bien».

Aunque María Antonieta no constituye ciertamente un modelo de clarividencia política, hay que reconocer que su testimonio da una buena idea de lo que debía ser la masonería en vísperas de la revolución. Está claro que en el siglo XVIII no se entraba en la masonería para hacer política y que, sin tratarse necesariamente de una «sociedad de condumio y de comilonas», como se ha llegado a escribir, la masonería permitía a

algunos magistrados y burgueses hacerse ilusiones y tener la sensación de que participaban, en el éter de la fraternidad, de esa sociedad idílica que Catón evocaba en el *De Senectute*. Todo lo que sabemos de las logias viene a confirmar que eran sociedades de placer y de diversión. También se puede decir, desde fuera, que eran una solución para gente desocupada. Pero las logias fueron también, al mismo tiempo, centros de beneficencia y, con toda probabilidad, de sociabilidad. Por lo demás, todo el mundo era masón, lo que en el lenguaje de María Antonieta significa naturalmente, que la buena sociedad estaba afiliada a la masonería.

Esa es la verdad y la Monarquía lo sabrá a sus expensas antes incluso de la Revolución. Para comprender bien las cosas debemos situarnos en la época. En el último tercio del siglo XVIII, Francia se encuentra en crisis: el país legal se encuentra agobiado por los impuestos y, sin embargo, las cajas están vacías, como constata un noble de Le Mans, en 1785: «Señor, escribe a su corresponsal, abra nuestros anales, somos una nación hecha para la tragedia; desde hace mucho sólo las tenemos en el teatro. La Fronda, las guerras de religión, la noche de S. Bartolomé, nada de eso es grave al lado de lo que nos espera. La reina es detestada, el rey débil, el ministro falto de habilidad y corrompido, las finanzas, que constituyen el pretexto para las revueltas, agotadas, el ejército posee la tradición de su gloria pasada, pero los generales han muerto sin dejar discípulos... Francia perecerá, Señor, y en nuestros días».

Es sabido que para hacer frente a esta situación que se agravaba por momentos, Luis XVI aceptó, a instancias de su ministro Calonne, convocar una asamblea de notables encargada de aprobar la política financiera del ministro. La mayoría de sus miembros eran masones. Calonne propuso la igualdad fiscal, que fue rechazada por todos los hermanos y por el alto clero, como parece lógico, con la única excepción del masón Montmorency-Luxembourg, gran administrador del Gran Oriente, que la aprobó.

¿Qué deducir de todo ello? En primer lugar, que los masones estaban divididos y que el administrador general, en su calidad de jefe del Orden, no había logrado imponerles una política común. En segundo lugar, que enfrentados al problema de la igualdad fiscal, los masones de la nobleza se acuerdan de sus privilegios y los reclaman.

Todos los historiadores hacen notar que hacia 1780 la orden se resiente de la crisis que afecta al mundo profano. Los clubs, las sociedades de lectura, las agrupaciones de toda índole que proliferan en esos momentos ponen de manifiesto que ya no se considera a las logias como el lugar por excelencia donde podría saciarse la sed de libertad y de pensamiento que caracteriza a los años finales del siglo. Si encontramos gran número de masones en los clubs es porque el Templo, en el que se habían desarrollado todos esos ideales de libertad, igualdad y tolerancia, no col-

maba ya las apetencias de muchos masones pertenecientes con frecuencia al tercer estado o a la aristocracia liberal.

Sabemos que las logias masónicas no eran sociedades de pensamiento. Y buena prueba de ello es que algunas de entre ellas hayan tratado de realizar tal función. Es el caso, por ejemplo, de la célebre logia de *Las Nueve Hermanas*, de la que fueron venerables Franklin y Lalande y en la que fueron iniciados Voltaire y Greuze, una logia que agrupaba a una pléyade de artistas, literatos y científicos, como Roucher, Chénier, Cochin, Dupaty, Pastoret y Court de Gébélin. Lo mismo sucede con la logia *La Enciclopedia* de Toulouse y con todos los centros paramasónicos, como el Liceo de París o el Museo de Burdeos, injertados en las logias. Cualquiera que haya sido la importancia de tales casos, el hecho cierto es que son muy minoritarios en el mundo masónico de la época —600 logias— y que estuvieron siempre mal considerados.

Las logias se vacían de 1787 a 1793. Tenemos algunas cifras referentes a Marsella, Toulouse o Lyon, y esas cifras indican en todos los casos que los efectivos de las logias descienden aceleradamente, mientras se agota el reclutamiento. Las querellas que agitan al mundo profano penetran en los Templos. En Toulouse, por ejemplo, puede leerse en el Boletín de sufragio del hermano secretario: el menos bribón de todos vosotros; los hermanos consideran la frase injuriosa y se llega a los insultos e incluso a las manos. Todo ello tiene lugar en 1789. Algo similar ocurre en Lyon entre los hermanos Perisse-Duluc y Marchais, ambos Caballeros benefactores de la Ciudad Santa, pero pertenecientes respectivamente a la nobleza y al tercer estado. Podríamos multiplicar los ejemplos. De hecho, ¿cómo habría podido escapar la Orden a las tensiones que desgarraban la sociedad de la época? ¿Cómo podían conformarse los burgueses iniciados con la igualdad meramente formal de la logia o con los títulos pomposos que se daban, cuando estaban llamados a desaparecer nada más franquear el umbral del Templo? ¿No es natural que los burgueses hayan tratado de realizar en la práctica todos esos valores que exaltaban en el interior sigiloso de los Templos? Pero puesto que la logia no era ni un club, ni una célula de resistencia, como tampoco lo es en nuestros días, era necesario buscar los medios de esa transformación en otra parte. Y eso es lo que hicieron cantidad de hermanos.

Es, pues, natural que muchos masones se encontrasen en el combate político. Sin embargo, no puede decirse, como ha escrito Gastón Martín, que «la mitad de los diputados de los Estados Generales» pertenecían a la masonería. Pierre Lamarque, que ha examinado la cuestión con mayor detenimiento, cuenta 214 diputados masones —número importante, si realmente la masonería hubiese constituido un partido— de un total de 1.165 miembros. Pero esos masones no constituyeron nunca un grupo disciplinado y nunca votaron unánimemente en los grandes debates. Según Lamarque, se les puede dividir en tres grupos de desigual importancia:

un centenar de ellos (de los cuales una decena pertenecía al clero, alrededor de cuarenta a la nobleza y los demás al tercer estado) se pronunciaron constantemente en favor de las medidas revolucionarias; alrededor de cincuenta tuvieron una actitud carente de relieve, incluso equívoca; y el resto adoptó la causa del Antiguo Régimen.

Para terminar, un ejemplo significativo. Un centenar de masones fueron detenidos en Toulosuse y de ellos 37 murieron en el cadalso. Cuando se sabe que ese martirologio comprende más de la mitad de los parlamentarios guillotinado en 1794 —de los 52 magistrados ejecutados en París del 1.º de floreal al 26 de prarial 27 eran masones—, ¿se puede todavía pretender que los masones han querido y preparado colectivamente la revolución? Las características de su reclutamiento excluían que todos ellos pudiesen adoptar una misma actitud política. Así, para concluir, se puede afirmar que si bien la masonería no ejerció gran influencia en el desarrollo de la Revolución, la Revolución transformó profundamente a la masonería.